

Convocaciones, desolaciones e invocaciones

Ethel Krauze

1. CONVOCACIONES

¿RECUERDAS CÓMO ERA LA LLUVIA
cuando aún no nos besábamos?
Era julio
y el moribundo cielo
se rasgaba.
Nos miramos tras la reja
muchas veces,
antes de que el fruto
se abriera.
Nos subimos al puente del aroma
para probar el naranjo
en nuestra sed,
y no saciaba.
No saciaban los hielos
en el vaso
ni el cántaro de vino
ni la miel.
Nos bebíamos el filo
de la lluvia
en la ropa,
en el paraguas,
y el clamor no cesaba.
Recorrimos las calles,
los planetas,
buscando el vértice
del agua.
No lo hallamos.
Intentamos la espuma,
la neblina,
el vidrio de la madrugada,
las fibras del rocío,
la escarcha,
la vibración de la nieve...
Nada.

Ni una gota que calmara
la fiebre.
No hubo otro modo:
cerramos los ojos
y dejamos que el beso
nos llamara.

Quien nos viera volar
en la espesura
no sabría
por qué la luz
nos anuda.
Por qué la estrella
nos sigue aun bajo techo
y se cuelga del hombro
para no perdernos.
Por qué la aurora nos busca
en cada nota
en cada filo
de su lento círculo.
Por qué nos silba el alba
respirando por fin
su brisa helada
como si despertara
de un desmayo
o de una sombra.
Por qué la alondra
con su trino teje
la claridad
que nos envuelve,
el latido donde nos tocamos.
Quien nos viera iniciar
el ancho vuelo
en el cristal de la noche,
no sabría lo que hacemos.

2. *DESOLACIONES*

DESPUÉS DEL FIN
anidaré
anidaré
anidaré en tus brazos de fantasma,
en tu cuerpo de agua.

Me habré roto en pedazos la cabeza,
volcado en fuego.

Mas no habré muerto.

Te seguiré
te seguiré
te seguiré en la puerta de la nada,
la cruzaré al desgaire
y entenderé qué hay detrás del fin.

Un hilo de tu ser empecinado
se enredará en mis piernas,
me tumbará de nuevo
rendido por tu amor, rendido.

Tras de ti en el corredor del paraíso
paciendo con los lobos,
tu cuello de ángel con el hacha en medio,
sabré,
después del fin,
de qué se muere uno en el infierno,
cómo la sangre es una negra flor
bajando por tu espalda,
sabré
sabré de qué entramado son las sombras,
me vestiré de luto,
me vestiré de piedra,
me enterraré entero en la oquedad.

Regresaré al antes,
al quicio de tu puerta,
al fresco de tu patio:
a ser
aquel en cuyo abrazo ibas cayendo,
ibas cayendo
cayendo como trigo que se duerme
en el calor de la humedad.

Regresaré,
sin duda,
al tiempo blanco de los aguaceros.
El tiempo en que existían las cosas:
había cortinas sollozantes,
al menos eso parecían entonces
esperando que tu estela llegara
al paso de tu brisa de agua pura,
aunque tus claros ojos parpadeantes
eran solos de mar allende el viento,
solos de guerra en plena paz
sonando hasta la luz,
sonando
sonando en su cristal del jade.

Verdes tus ojos como negros mares.

En ellos llegaré,
bebiéndolos.
Bebiéndolos.

Después del fin no habrá mareas mansas:
un desierto de olas empedradas
desprendidas del magma,
recorrerá la tierra que pisaste,
recordará los trazos que tu sombra
sembró de noches claras nuestro mundo.
Diáfanas noches de obsidiana
en las que tú me cabalgabas.

¿Recuerdas cómo se sentía?
Yo sí.
Aún siento ese esplendor sobre mi pecho,
la plétora de rosas que emanaba
de tu boca en mi piel,
de la punta de tu lengua en mi cuello.
El ánfora de azules aguas vivas

que vertían tus palmas al tocarme,
la cualidad de peces desbandados
con la que atacabas mis piernas
mientras te subías por ellas.

Un poema acudiendo a la palabra,
un poema viniendo en tu cintura,
viniendo
viniéndose
a la altura del verso codiciado
con el que te mordías la mano,
antes, siempre, del fin.

Cuando el mundo era un espacio bueno
donde acampar,
una luna en el porche,
una barca de niebla en la laguna,
una tierra posible donde arar.

El mundo era una nota de agua
en el gran pentagrama.

3. *INVOCACIONES*

ESTA INDECIBLE SENSACIÓN
de haber tocado el aire
en el fondo del aire,
debe ser Dios,
¿o Diosa?;
debe ser Él o Ella
desnudando la huella de mis dedos
para tocar sin miedo su misterio.

Como el sabor que nos queda en la palma
cuando la fruta acaba.

Como la lluvia en la ventana abierta,
el palpitar del agua,
esa ansia del agua por brotar
en flor,
y abrirse en aguacero.

Así toco la luz del agua
la pulpa y su cadencia,
y espero
como sedienta mariposa
la bravura incendiaria de la rosa.

El lenguaje de Dios es de la Diosa.

Sin perseguir las sombras,
sin extender las alas:
—tenue nube de seda—
una conspiración de la belleza
se precipita en esta hora dulce.

La textura de Dios es un lenguaje
de fuego y luz,
 nombra a las cosas y las mueve,
 las toca
 las hiende
 las recorre sin tregua y las convierte.

En el aire nocturno,
en mis ojos cerrados,
en la silente campanada
que sacude mi cuerpo
cuando suelto las amarras del mundo,
Dios respira en mi piel,
electriza mi sangre,
es mi médula.

¿O soy apenas una de sus células?

A veces,
las palabras son peces voladores
perdidos en el silencio de Dios.
No pueden contener las campanadas
secretas de su voz.
Son como pétalos de un día
muy engarzadas en el tulipán;
no son la flor,
no son su savia,
su olor,
su gracia.

A veces,
se escapan antes de llegar
al pensamiento,
al cáliz de la tinta
al signo en el papel.
Y se arrepienten de su atrevimiento,
se hunden en el caos de un diccionario
que las describe huérfanas,
sin trama que tejer;
se vuelven cosas en los dedos,
son moscas en la blanca página,
exhalación apenas
del hervor en las venas,
del río de Dios que corre:
ese magnífico ojo del silencio.

Las palabras se cruzan en el aire
sin tocarse siquiera, volanderas.
No conocen el ritmo ni el sentido,
no contienen vivencias;
sólo vibran, adentro,
son cuerdas de silencio
que construyen los versos
a la vera de Dios.